



¡Como te pille, te avío!
¡De mí te vas a acordar!
¡Devuélveme mi chorizo!
¡No te escondas! ¡Ven acá!

Pensando que era el chorizo,
al nabo el diente le hincó
y al pasar por su gznate,
con gran asco, lo escupió.

Me agarró por la camisa
y, sin dejarme escapar,
su nariz metió en mi boca
hasta hacerme vomitar.

La mujer del mesonero
y todos los que allí estaban,
despanzurrados de risa,
de tanto reír, lloraban.

